

# Proletariado y revolución

Jacques Camatte

Febrero de 1975

Traducción: Federico Corriente

Biblioteca de Cuadernos de Negación  
bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com

La publicación del *Manifiesto del grupo obrero del PCR* se deriva de las preocupaciones que expresamos en el número anterior de *Invariance* (cfr. *Adresse*, pp. 23-24) y también forma parte de nuestro estudio de las revoluciones rusa y alemana de principios de este siglo, que habrá que completar con el de la revolución española. El punto de partida ya lo hemos indicado: situar los límites de la teoría del proletariado <sup>1</sup> en el plano histórico, es decir, verificar por un lado cómo, en el transcurso de las luchas revolucionarias de este siglo, el proletariado, en definitiva, no propuso un modo de vida ni una sociedad distintos, sino que se limitó a reivindicar una gestión diferente del capital, por lo que su intervención se limitó a favorecer el paso de la dominación formal a la dominación real del capital sobre la sociedad en las zonas más avanzadas de Occidente y a reforzar su dominación a escala mundial, permitiéndole penetrar en zonas donde aún no había podido introducirse debido a resistencias de orden tanto geográfico, como histórico o social.

El punto de partida de los estudios históricos sobre las revoluciones del siglo XX fue el intento de determinar cuáles fueron sus tareas en el período en el que se pasó de la dominación formal a la dominación real del capital sobre la sociedad, para caracterizar la contrarrevolución y precisar hasta dónde puede llegar, pues, retomando a Marx, creía que la revolución no es posible salvo si la contrarrevolución ha llegado hasta el final. En mayo de 1968 la revolución emergió. De ahí en adelante, tuvimos que estar más atentos a lo que pasaba; pero el presente devolvía el eco de algo pasado: las luchas del proletariado de los años veinte y las que fueron contemporáneas a ellas, como la lucha por la emancipación de la mujer, la libertad sexual, etc. Se impuso entonces la ne-

---

<sup>1</sup> Cfr. en el plano «teórico», la carta de J. L. Darlet en el No. especial de enero de 1974. En el plano histórico-teórico, cf. «El KAPD y el movimiento proletario», *Invariance*, Serie II, No. 2 y «La revolución alemana y el espectro del proletariado», *Invariance*, Serie II, No. 5 — en lo concerniente a la revolución alemana. La revolución rusa fue abordada en *Bordiga et la révolution russe— Russie et nécessité du communisme*, *Invariance*, Serie II, No. 4; así como en el prólogo del libro de Bordiga *Russie et révolution dans la théorie marxiste*, titulado « La révolution russe et la théorie du prolétariat » (que se publicará a finales de 1975 en la eds. UGT 10/18).

cesidad de delimitar lo que esas luchas habían sido capaces de producir, así como de entender por qué el movimiento práctico de hoy no lograba ir más allá de sus antecedentes.

Se hizo evidente que no se podía salir del impasse más que abandonando la teoría del proletariado. El estudio histórico adquirió por eso mismo una dimensión distinta: verificar en qué medida la mayor parte de los revolucionarios habían vivido y luchado bajo la influencia de una cierta representación del proletariado como clase revolucionaria y estaban impregnados a su vez de una representación de «la sociedad comunista» que no era incompatible con el ser del capital. El ejemplo de las revoluciones alemanas y sobre todo rusa, muestra que el proletariado había sido ampliamente apto para destruir un orden social que obstaculizaba el desarrollo de las fuerzas productivas, y por tanto para el futuro del capital, pero que en el momento en que se trató de fundar otra comunidad, permaneció prisionero de la lógica de la racionalidad del desarrollo de esas fuerzas productivas y se encerró en el problema de su gestión.

El texto de Kollontai, *La oposición obrera*, publicado en el número 35 de *Socialisme ou Barbarie*, ya era muy claro a ese respecto. El *Manifiesto del grupo obrero del PCR* es aún más significativo, porque plantea claramente la preeminencia obligatoria del proletariado y la necesidad de su constitución en clase dominante al tiempo que propone aproximadamente las mismas medidas que las que preconizaba la «Oposición Obrera». Este texto de 1923 se presenta como un último sobresalto del proletariado ruso antes de su aplastamiento definitivo (aunque no fuese violento, como lo fue para el proletariado francés en 1871). En consecuencia, el encuentro KAPD-Grupo Obrero del PCR es muy sintomático para los dos movimientos, ambos expulsados del movimiento en actos y reivindicando desesperadamente una línea proletaria violentamente rechazada por la corriente establecida. Un rasgo común los caracteriza: no se reivindica la destrucción del proletariado sino su preponderancia en la sociedad. De ahí que publiquemos el *Manifiesto* con las notas que los líderes del KAPD añadieron a la traducción alemana de 1923.

Los contactos y la convergencia entre el KAPD y el Grupo Obrero nos permiten comprender por qué los bolcheviques —con Lenin a la cabeza— se encarnizaron con una saña tan peculiar con los kapedistas, sobre todo durante el Tercer Congreso de la IC. Era preciso eliminar a toda costa cualquier vínculo entre la oposición interna (que en ese momento aún no estaba constituida por el «Grupo Obrero») y la oposición en el seno de la Internacional. Todo el peso del Estado ruso se puso al servicio de esta maniobra, cuyo éxito fue total. No obstante, eso no conjuró el peligro; de ahí todos los ataques al KAPD muchos años después de que hubiera sido expulsado de la IC. Por otro lado, los bolcheviques toleraron a Bordiga hasta 1926, momento en que este último solicitó claramente que la política del Estado ruso fuera examinada en el seno de la Internacional.

El *Manifiesto* es bastante elocuente en sí mismo, dada su debilidad teórica y lo limitado de sus perspectivas; apenas hacen falta comentarios. Vale la pena señalar otro aspecto: la afirmación de Miasnikov y sus camaradas acerca de la necesidad de un desarrollo autónomo de la economía rusa. Pone de manifiesto una base de sustentación, de arraigo, en el seno de los proletarios, de lo que después sería la teoría de la construcción del socialismo en un solo país. Esta teoría tiene una base obrerista, de ahí su éxito después de 1926.

Para Marx el proletariado era la última clase en aparecer y la última que iba a aparecer. Esta posición histórica y el lugar que ocupaba en el proceso de producción hacían que en cierto modo no pudiera ser sino la negación absoluta del orden existente, el adversario integral de cualquier forma de dominación. Es concebible que en momentos de ruptura social esta clase pudiera haber planteado la posibilidad de otra forma de relaciones humanas. Sobre todo, es concebible que Marx fuera capaz de invertir en esta clase todo lo que podía vislumbrar de humano en el futuro manifestado en el transcurso de estas fisuras sociales. En todos los casos la representación tenía una base material, no sólo en el plano de la existencia inmediata, en la realidad sociológica de una clase bien definida, sino en la de una existencia mediata: una clase que intervenía activamente, revolucionariamente, para destruir las relaciones sociales establecidas. El imperativo: «Los filósofos sólo han *interpretado* el mundo de diferentes maneras, se trata de *transformarlo*» y su corolario: «No basta que el pensamiento tienda a su realización, la realidad debe tender al pensamiento» «traducían» este deseo de acción delegada en una clase que debía «emancipar» a la humanidad.

Más de un siglo después, el MPC sigue aquí, poderoso. Es él quien ha transformado el mundo y a los seres humanos hasta tal punto que cabe preguntarse si serán aptos para rebelarse. Todo lo que fue de la sociedad humana desaparece, se derrumba y el discurso se autonomiza. La filosofía sobrevive a su muerte anunciada en una hermenéutica polimorfa, inmenso desvarío acerca de sus orígenes. El arte también está muerto. El dadaísmo y el surrealismo lo proclamaron y vivieron esperando que esa muerte fuera contemporánea de la insurrección proletaria. Pero el proletariado ha sido integrado en la comunidad del capital.

La representación del proletariado como sujeto revolucionario ya no tiene ningún fundamento, debido a la evanescencia de la clase, a su fictividad. ¡Poco importa! Si ya no existe, la postulamos. A la fictividad del capital, que le permite superar las barreras a su valorización, corresponde la del proletariado, que permite mantener el esquema revolucionario basado en la intervención decisiva de una clase durante la revolución o dirigirla. Cuanto más se derrumba la sociedad, más debe el proletariado realizar los elementos contenidos en ella pero que no han podido florecer por completo. Para los situacionistas, el proletariado debía realizar el arte, pero también debía permitir la emancipación sexual. Se convierte en el sujeto artístico y sexual —en una representación verdaderamente autonomizada— de la revolución. El arte ya no es posible en la sociedad actual, pero puede ser reencontrado a través de la revolución, y lo mismo vale para la sexualidad. Las situaciones deben ser tanto revolucionarias como artísticas. Sobre esto se construye el mito de vivir inmediatamente aquí y ahora, pero sólo a partir del momento en que se ha interiorizado la mediación proletaria. Pues haciéndose proletario se puede realizar el arte y acceder a la sexualidad plena: «No hay nada mejor que acostarse con un minero asturiano. ¡Esos sí que son hombres!»

Hemos llegado quizás a la última figura del proletariado, a la que más estragos causa, porque a partir de este momento se convierte cada vez más en un operador de justificación de una determinada realidad.

¿Acaso no es ésta la prueba más contundente y más espectacular de la inanidad de la teoría clasista, de la teoría del proletariado? El discurso teórico de la ultraizquierda es una combinatoria de temas teóricos procedentes de los situacionistas y de temas legados por el movimiento obrero clásico. El mejor ejemplo de este sincretismo-combinatoria es bastante reciente, lo encontramos en: « Mouvement capitaliste et révolution russe – Le procès de dissolution de l'art » (B.P. 29 – Uccle 4 – 1180 Bruselas).

«Los proletarios son aquellos que, al carecer de reservas, no pueden acumular y están despojados de todo poder sobre la producción de su vida. Los proletarios, como fuerza productiva de plusvalor, siguen siendo el centro de ésta. Su lugar en la economía los obliga a ser la punta de lanza del movimiento comunista. Pero este último ya no es estrictamente clasista *en la medida* en que se produce una proletarización cada vez más amplia de nuestra sociedad (el movimiento mismo del capital engendra la base de la clase universal – la negación de las clases)» nota 2, p. 27

«Por proletariado entendemos el *movimiento* hacia la clase universal-negación tendencial de las clases (en oposición a la clase obrera). Mantenemos clase por alusión al origen del movimiento» nota 7, p. 29

Este discurso sobre una ausencia simplemente revela la inexistencia de un movimiento revolucionario encarnado en hombres y mujeres concretos; revela también la impotencia de quienes quisieran una transformación de este mundo pero que se dan cuenta de su debilidad a raíz de su irrisorio número. La apelación a un proletariado mítico es un intento de conjurar el horror de la situación. Pero ésta sigue siendo la que es. Más valdría rechazar todo este aparato teórico y tratar de entender cómo salir realmente de ella.

El rechazo de la teoría del proletariado implica una reflexión en profundidad sobre lo que puede significar la revolución, ya que esta teoría presupone el desarrollo de las fuerzas productivas que postula que la humanidad debe, en definitiva, sufrir terribles destrucciones, sufrimientos inauditos antes de poder construir un conjunto productivo capaz de asegurando su «emancipación». La revolución significaba la destrucción de los obstáculos al desarrollo de las fuerzas productivas y la clase revolucionaria era la mayor de todas ellas.

Desde el momento en que reconocemos la desaparición de las clases debido al triunfo del despotismo del capital sobre el rebaño humano sometido a la «esclavitud generalizada» y que el capital realiza plenamente la racionalidad del desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, el progreso (la derecha reaccionaria clásica prácticamente ha desaparecido), ¿dónde situamos el elemento revolucionario y el elemento contrarrevolucionario? ¿En qué sentido sería revolucionaria la destrucción del MPC? Esta pregunta ya estaba implícita en nuestra afirmación: la revolución comunista es a la vez clasista y aclasista (sobre todo en el momento en que razonábamos en función de la clase universal); no es sólo una destrucción, sino también un retorno a un modo de ser perdido: el modo de vida comunitario en armonía con la naturaleza.

Podemos hablar de revolución para indicar la desaparición del MPC porque efectivamente habrá afirmación de una discontinuidad, al mismo tiempo que realización de un retorno. Pero no será

porque se opondrá a algo inmediato llamado contrarrevolución. Revolución y contrarrevolución, progreso y regresión, son elementos de una problemática vital que encierra al ser humano desde hace unos pocos siglos, pero sus presuposiciones existen desde el momento en que se realizó la ruptura con la comunidad y con la naturaleza. Si se afirma que el movimiento que tiende a abolir esta ruptura es revolucionario, nos vemos llevados a constatar que estuvo representado por hombres y mujeres que estuvieron lejos de ser considerados como revolucionarios.

Hemos dicho «es necesario salir de este mundo» porque los elementos fundamentales del futuro de la comunidad humana sólo pueden ser percibidos fuera de todo el vasto arco histórico —momento intermedio— que va desde las comunidades primitivas hasta la realización de la comunidad de capital (a la que han contribuido revoluciones y contrarrevoluciones). En el seno de este momento podemos ver realizarse (sobre todo en Occidente) un cierto sueño de los seres humanos: posicionarse en relación con la naturaleza, es decir, encontrar su identidad con respecto a ella desde el momento en que se abstraen, se extraen y se enajenan de ella, lo que les lleva a afirmarse como superiores, señores y dueños de ella, que tienen el deber de dominarla. Pero esta dominación se logra a través de un ser enajenado, producto de su milenaria actividad, el capital, que efectivamente domina a la naturaleza al dominarlos a ellos.

Por tanto, la especie humana debe levantarse contra su propia afirmación humana, que conduce a una deshumanización completa. De ahí que los conceptos de revolución y contrarrevolución sean ineficaces para ubicar el momento que vivimos, y más aún porque si les atribuyéramos una realidad, entonces tendrían que abarcar un período histórico más vasto que aquel que vivimos.<sup>2</sup>

---

2 El «*Manifiesto* del Grupo Obrero del PCR» fue traducido de la versión alemana (en „Selbskritik des Kommunismus” Gunther Hillmann, Rowoholt Verlag, 1967) y de la versión italiana (en «Miasnikov e la rivoluzione russa», Roberto Sinigaglia, Jaca Books, 1973). Sobre Miasnikov, tomamos prestados a R. Sinigaglia (cfr. nota 40 del trabajo citado) los siguientes datos biográficos.

Nació en Perm en 1888 y se unió al partido bolchevique alrededor de 1905-1906, donde estudió la obra de Marx en la traducción rusa y siguió activamente la controversia entre Lenin y Bogdanov (1907-1917). Muy valiente, organizó grupos de asalto para ataques contra la policía y contra la propiedad.

Detenido, pasó siete años en prisión, donde fue protagonista de una huelga que duró 75 días.

Tras la revolución de febrero se convirtió en presidente del soviét de Perm, ante el cual se comprometió a asesinar al Gran Duque Miguel sin esperar órdenes del gobierno central, cosa que hizo.

Durante la Guerra Civil, comandó voluntarios en la lucha contra el ejército blanco, que había ocupado la zona central de los Urales. Tras el fin de la guerra civil, fue elegido delegado al VIII Congreso de los soviets de toda Rusia, para cuya preparación publicó un artículo, «Los problemas importantes» (19.11.1920), en el que sostuvo la necesidad de formar sindicatos campesinos para defender a las masas pobres del campo contra los kulaks.

Fue expulsado del partido en 1922 tras una violenta polémica con el comité central. Luego desarrolló una actividad clandestina y organizó el Grupo Obrero. Detenido en 1923, fue transportado de prisión en prisión y sufrió terribles torturas. En 1928, cuando fue trasladado a Armenia, la prisión fue reemplazada por el arresto domiciliario. En el curso de ese mismo año, logró escapar a Persia. Después de ser encarcelado de nuevo en Persia y luego en Turquía, logró, a principios de 1930, llegar a Francia, donde permaneció hasta 1945.

Al final de la guerra pidió permiso a Stalin para regresar a la URSS. Stalin envió un avión a recogerlo. ¡¡¡Desde el día que volvió a su país ya no volvió a haber noticias de Miasnikov!!!